

Antonio Duplá Ansuategui, Eleonora Dell' Elicine,
Jonatan Pérez Mostazo (eds.)

Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo



*Antigüedad clásica y naciones modernas
en el Viejo y el Nuevo Mundo*

© De los textos, sus autores

© Ediciones Polifemo
Avda. de Bruselas, 47 - 5º
28028 Madrid
www.polifemo.com

ISBN: 978-84-16335-47-3
Depósito Legal: M-21163-2018

Impresión: Namac Comunicación, S.L.
Avenida Valdelaparra, 27 - naves 18 y 19
28108 ALCOBENDAS (MADRID)

Antonio Duplá Ansuategui, Eleonora Dell' Elicine,
Jonatan Pérez Mostazo (eds.)

*Antigüedad clásica y naciones modernas
en el Viejo y el Nuevo Mundo*



Ediciones Lolifemo

Madrid 2018

<i>Introducción,</i>	
A. Duplá Ansuategui, E. Dell' Elicine, J. Pérez Mostazo	9
<i>Prólogo. Naciones, historia y ciencias sociales,</i>	
José Álvarez-Junco	19

I

En el Viejo Mundo

<i>Algunas consideraciones sobre la concepción de la historia, la Antigüedad y la nación en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País,</i>	
Antonio Duplá Ansuategui	31
<i>Entre Ilerda y Emporion:</i>	
<i>etnicidad y clasicismo en las raíces del nacionalismo catalán,</i>	
Jordi Cortadella	55
<i>La arqueología en la construcción de la historia de España:</i>	
<i>de los viajes anticuarios ilustrados al Catálogo Monumental de España,</i>	
Gloria Mora	75
<i>Viriato en el Congreso de los Diputados:</i>	
<i>de la Gloriosa a la disolución de las Cortes en España (1868-1939),</i>	
Pilar Iguácel, Pepa Castillo	101
<i>La Antigüedad en acción.</i>	
<i>El sermón sobre la destrucción de la cultura nacional española,</i>	
Ignacio Peiró Martín	127
<i>Arcaísmo y clasicismo en el pensamiento de Pierre Paris:</i>	
<i>los escultores griegos a la conquista del movimiento,</i>	
Grégory Reimond	155
<i>Winning History. Nationalistic Classical Reception</i>	
<i>in German Board and Card Games from the “Long 19th Century”,</i>	
Martin Lindner	183

<i>Images of Rome: Classical Rome and the United Kingdom, 1880 to 1930,</i> Richard Hingley	211
<i>Antiquity and Modern Nations in the Liebig Trading Cards,</i> Marta García Morcillo	227

II

En el Nuevo Mundo

<i>La huella griega en el Senado de los EE.UU.,</i> Clelia Martínez Maza	257
<i>Cuando la Antigüedad no puede ser más que moderna.</i> <i>Identidades complejas en el escenario imperial español de finales del siglo XVIII,</i> José M. Portillo Valdés	279
<i>La Antigüedad clásica y la red protonacional neogranadina (1767-1803),</i> Ricardo del Molino García	301
<i>Pasado clásico y nación moderna: los usos de la Antigüedad en la construcción de un proyecto político para la Nación Argentina (1837-1852),</i> Eleonora Dell' Elicine	323
<i>ÍNDICE DE NOMBRES Y LUGARES</i>	339
<i>RELACIÓN DE AUTORAS Y AUTORES</i>	359

I

EN EL VIEJO MUNDO

*La Antigüedad en acción.
El sermón sobre la destrucción
de la cultura nacional española*

Ignacio Peiró Martín

¿Te admiras de que perece el mundo? Admírate de la vejez del mundo. [...] Cristo te dice: «El mundo perece, el mundo envejece, el mundo decae y se agota con la fatiga de la senectud». No temas; tu juventud se renovará como la del águila.

San Agustín, *Sermón LXXXI*, 8, 463-464 (diciembre de 410)

La noche de su exaltación a la Jefatura del Estado, el 4 de octubre de 1936, Francisco Franco Bahamonde difundía desde los micrófonos de Radio Castilla en Burgos los pretextos y temas que justificaban la rebelión militar. En un único discurso deslegitimador de la República, el general sublevado habló para dar testimonio del fin, a la vez que culpabilizó de los orígenes al antipatriotismo de los intelectuales:

España sufría desde muy lejos el daño de unas actividades de muy variada índole, entre las cuales no fue la menos perjudicial –hay que reconocerlo– la de una corriente de intelectualidad equivocada, que despreciando todo lo que significaba pensamiento verdaderamente nacional, tenía preferencias por todo cuanto de estrambótico se generaba en otros países; preferencias idiomáticas, unas veces, regusto de literatura claudicantes, emoción por las doctrinas soviéticas, de un socialismo furioso, alteración de verdades de nuestra propia Historia, que nos desahuciaban como país civilizado. Todo esto contribuyó a aniquilar en el pueblo español el sentimiento patriótico (Franco Bahamonde 1937, 13-14).

Después de la victoria de 1939, la criminalización de la República y el anatema lanzado contra los hombres y las ideas de la *cultura nacional española*, se constituyeron en dos juicios de valor nucleares del relato de la dictadura. Al principio, surgieron como miasmas desprendidos de la suciedad política de la guerra y las corruptas literaturas de pasquín, legitimadoras del sistema político totalitario levantado sobre la destrucción y las ruinas del mundo anterior. Y se consolidaron, más tarde, en tanto que componentes del rígido discurso ideológico, uniformizador, exclusivo y excluyente de la *cultura de la España nacional* (transformada gradualmente en la *cultura nacionalista española*). Una narración fundacional, que pervivió en su degradada trayectoria histórica durante toda la dictadura, supeditada al ideal de permanencia y la exigencia utópica del presente perpetuo del régimen. Sin embargo, ni la matriz cultural nacionalista, ni la jerga argumental de los vencedores finalizaron su recorrido con la muerte del dictador.

En su deriva historiográfica, una vez desaparecidos el *parvenu* Ricardo de la Cierva y el oficioso Vicente Palacio Atard, gran padrino académico de los revisionistas más

duros y mediáticos de los años noventa, la negación de la legalidad republicana y el discurso legitimador de la sublevación militar revivió de la mano de la nueva “Primavera de Franco”, inaugurada a comienzos del siglo XXI. Y a día de hoy, cuando se celebran los cuarenta años de la Transición y se aproxima el octogésimo aniversario del final de la Guerra Civil, las narrativas de los revisionistas históricos han adquirido carta de naturaleza profesional en el seno de la historiografía española contemporánea (con sus diferentes versiones empezando por la más burda representada por los cinco colaboradores del libro editado por Guillermo Gortázar) (Viñas 2012 y 2015, 46-55; Reig Tapia 1995, 1999 y 2017; Gortázar 2015). La experiencia de la última década ha demostrado que con ellos no es posible el disenso interpretativo y disciplinar, principalmente por la falta de respeto a “las reglas del juego” de la profesión, explicadas con claridad por el maestro de la historia antigua Arnaldo Momigliano (Momigliano 1987; Miller 2014). Es decir, por la irresponsable confusión semántica, la manipulación de las fuentes, el limitado horizonte conceptual y el nulo refinamiento interpretativo. A todo ello se añade el sinsentido histórico de unas afirmaciones basadas en ese imposible teórico que es el puro relativismo (desnudo de filosofías o reflexiones posmodernas). Un recurso hipercrítico con las personas y acrítico con las fuentes que otorga idéntico valor a las más distintas creencias, opiniones, prejuicios creativos, hipótesis contrafactuales o memorias y, que al invertir las relaciones entre lo real y lo imaginario, entre la ciencia y la política, provoca la igualación de los demonios contemporáneos (nazismo y comunismo) y de los acontecimientos (Franco y los republicanos) (Robin 2003, 19-20). Más exactamente, el relativismo es un campo abonado para la charlatanería de quienes nunca dudan de sus certezas, que suelen ser absolutas (aunque, en ocasiones pueden oscilar hacia uno u otro lado, de acuerdo a las coyunturas políticas, calculados oportunismos de partido y naturalezas parasitarias). En fin, nada nuevo en el panorama de la historiografía internacional donde el revisionismo histórico (entiéndase, también, negacionismo) es un perturbador fenómeno que cuenta con una larga tradición de molestos cultivadores (Forcadell, Peiró & Yusta 2015; Reig Tapia 2017, 91-111; Spiegel 2007).

Por mi parte, las recientes investigaciones de historia de la historiografía me permiten empezar estas páginas por el final para sostener, una vez más, la tesis de que no hubo una “continuidad rupturista o necesaria” a la manera italiana y alemana después de 1945 y 1949 (o siguiendo el “modelo” de la transición española de 1975) (Koselleck 1987; Melton 1994; Dunkhase 2010, 257-261; Montroni 2016). En realidad, como ha confirmado con rigurosa precisión Miquel À. Marín, entre 1939 y 1943 en España se desarrolló la primera *hora cero* de la profesión (Marín 2005 y 2015). A raíz del resultado de la guerra civil y el establecimiento del Estado franquista, los historiadores vencedores dirigieron

una gran operación de transformación de las matrices de la ciencia histórica (reconfiguración disciplinar, refundación corporativa, reajuste de la función social de la historia y reinención identitaria del historiador como *scholarly persona*). Según el citado autor, se trató de un proceso general marcado por el corte provocado por la cultura de guerra y la ruptura acérrima con la historiografía liberal anterior (relegada, en adelante, al exilio o la clandestinidad), la negación absoluta de paneles enteros del pasado nacional, la depuración del gremio y, en definitiva, por la práctica obsecuente de un “revisionismo histórico” de Estado. Bajo el impulso del “sectarismo activo”, los historiadores de Franco establecieron, en una primera fase que alcanza hasta el bienio de 1948-1950, los procedimientos retóricos y de pensamiento que afectaron a las normas del método, pero sobre todo, a los contenidos de los metarrelatos de la historia nacional (y universal), dotándolos de una nueva entidad significativa (Pasamar & Peiró 1986, 62-92; Pasamar 1991; Peiró 2006, 25-26; 2013b, 57-58 y 266-268; Pallol 2014; Marín 2015, 360-372; Moreno Martín 2017; Alares López 2017).

Creo, parafraseando a Juan José Carreras, que en esta cuestión lo históricamente relevante radica en el hecho de que la historiografía del franquismo fue el producto de una sustitución violenta. Y, a partir de ahí, que lo valorable en el período es el colaboracionismo *nemine discrepante* de los historiadores con el régimen (con sus diferentes grados de adaptación a las circunstancias, formas de implicación ideológica, integración en las redes de poder académico, silenciosos alineamientos o discretos retraimientos políticos) (Carreras 2005; Peiró & Marín 2016, 267-270). Por eso, a propósito de las encrucijadas de enfoques y bosques llenos de intérpretes ansiosos que alimentan interminables debates acerca del franquismo, pienso también que tenía mucha razón Natalie Zemon Davis cuando, en respuesta a la pregunta sobre la neutralidad e imparcialidad del historiador, explicó que:

Mi trabajo sobre la producción académica francesa durante la ocupación alemana de Francia es muy adecuado para reflexionar sobre esa cuestión. [...] cuando me puse a intentar entender a los historiadores que colaboraron con el nazismo, quedó todavía más evidente que era necesario conocer la posición de las personas que estamos estudiando, el lugar de donde vienen, aunque esa persona sea un Hitler. En mi trabajo hice, en ese sentido, un gran esfuerzo para entender lo que formó a esos colaboradores, cómo se desarrolló su moralidad, y para darles una buena oportunidad, no de que se volvieran correctos a mis ojos, sino de que se volvieran plausibles y comprensibles con respecto a determinadas trayectorias de vida y a ciertos valores de una época.¹

¹ García Pallares-Burke 2005, 73; Davis 1999. Nótese en este punto el error inducido por la deficiente traducción del *plausible* inglés cuyo significado literal sería el equivalente al castellano

Poner en práctica estas experiencias me parece consecuente. Por eso, las *Palabras de Franco*, escritas sobre el espejo deformante de la propaganda de guerra y la perversión monstruosa que significaba la representación de los “otros españoles” como enemigos (los *rojos*), permiten retomar la imagen de los “bárbaros” que determinaron el final de la *cultura nacional española* (Sevillano 2008 y 2015, 71-89; García 2009; Viñas 2015, 28-46). De esta manera, se advierte fácilmente que las vulgarizaciones difundidas a través de las ondas de Radio Castilla, se avenían mal con las políticas de la historia y los relatos sobre el pasado de la nación elaborados en las épocas del liberalismo. Por así decirlo, los recursos lingüísticos de la cultura de guerra (ideologismo, retórica y violencia verbal) se injertaron en lo más profundo del tronco matricial de la historia con la finalidad política de justificar el Nuevo Estado.

Y cuesta pensar, en todo caso, que las censuras de combate del Generalísimo contra el antiespañolismo de los intelectuales republicanos, se correspondieran con los sentimientos patrióticos y los sueños de España expresados por las generaciones de la inteligencia que se sucedieron desde principios del Ochocientos (emociones y deseos heterogéneos que convivían dentro de la pluralidad de culturas políticas liberales, burguesas y obreras, conservadoras, progresistas y republicanas). En el presente texto, sus voces están representadas por el escritor-político Manuel Azaña, convertido en el gran antagonista simbólico del general Franco durante la Guerra Civil. Y, desde luego, nada tenían que ver con la realidad de una comunidad de historiadores que, hasta el levantamiento militar de julio de 1936, mantenía su continuidad con la institucionalización liberal iniciada con los primeros gobiernos isabelinos de la década de 1840 (Peiró 2006, 31-155; 2017).

1. *LA NEUTRALIDAD DE LA UNIVERSIDAD: UNA «AMISTAD ENTRE DISCREPANTES»*

A partir de 1900, los procesos de disciplinarización de la historiografía española siguieron los ritmos establecidos por el *tiempo de las escuelas históricas*. Con todas sus contradicciones, esta fase de normalización profesional, además de favorecer la comunicación intergeneracional, impulsó las interconexiones entre las redes del cada vez más jerarquizado mercado académico interior y, en cierta manera, su inmersión paulatina en el proceso de internacionalización de los mercados universitarios occidentales. Un panorama de personalidades, elementos formativos y disciplinas completado por

“verosímil” y no la transliteración al castellano en la forma de “plausible” (merecedor de aplauso o admisible, recomendable).

un amplio abanico de actitudes y constantes formales en las que se manifestaron los rasgos característicos de una tradición intelectual de índole liberal y raíz regeneracionista. Y que, a la vez, eran el reflejo de un estilo de vida universitario profundamente conservador, capaz de establecer un talante más que una ideología, un peculiar estado de opinión más que un principio de obediencia y adhesión a una doctrina. En fin, una aspiración ideal, motivo de debate en toda Europa y que, en España, la anunció Adolfo Posada cuando, al reseñar la ponencia de Miguel de Unamuno en la II Asamblea Universitaria celebrada en Barcelona, escribió: «La neutralidad de la Universidad es un hecho exigido por las condiciones mismas de la vida moderna» (Posada 1905, 119).

En el terreno particular de la historiografía, al margen de las opciones políticas y militancias personales, las condiciones del marco institucional determinaron la creación de un sistema ideológico-cultural donde el “apoliticismo” pasó a ser el motivo de una doble representación de la profesión: primero, la de su conservadurismo y nacionalismo español. Y, en segundo lugar, la del compromiso científico corporativo con las *políticas de la historia* basadas, de manera fundamental, en la imagen de los modernos historiadores profesionales como portadores indiscutibles de la verdad (confiados en su propia “objetividad científica” y comprometidos con la construcción de objetos y con los métodos de investigación). Para las primeras generaciones de profesionales que concebían la función social de la historia como un medio para impulsar la educación política nacional, el criterio científico de la veracidad estaba indisolublemente conectado a la idea del moderno patriotismo, concebido como un compromiso superior de ética social dirigido a moralizar la vida pública española (Peiró 2010, 154-162; 2013b, 28, 85-117 y 264).

Las relaciones académicas estuvieron marcadas por la multiplicidad de sus correspondencias individuales y el estímulo vital de un espíritu elitista. Por descontado, en cuestión de “humanas influencias” siempre existió un espacio para esa otra cara de la moneda que representan los sentimientos más negativos de las personas. Y, en consecuencia, abundaron los descontentos, los conflictos de intereses, los enfrentamientos ideológicos, las querellas y las malevolencias provocadas por esa especie de “guerra de ideas perpetua”, de elementos diversos y aún contradictorios, en que parecía estar instalada la *cultura nacional española* desde los remotos tiempos liberales. No obstante, también parece evidente que, hasta el instante de la sublevación militar de 1936, hubo mucha “cortesía académica”, amplitudes de criterio y un notable consenso dentro de la comunidad de historiadores de la época, percibido por los contemporáneos como «amistad entre discrepantes». Al respecto, en las memorias de quien fue el primer ministro de Educación Nacional de Franco (que necesariamente deben ser leídas con las prevenciones lógicas hacia la mirada retrospectiva y los resquemores autojustificatorios de

la Transición), recordaba las declaraciones de un profesor republicano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid que «se indignaba contra la Junta de Ampliación de Estudios por esa mezcolanza de gente de izquierda y de derecha y la llamaba “el nuevo abrazo de Vergara”», para confirmar, acto seguido, que la JAE fue «una especie de transacción, en el terreno científico, en esa división entre izquierdas y derechas que perturbó siempre la vida española en cualquier aspecto de la vida nacional» (Sainz Rodríguez 1978, 34; Peiró 2013, 19-29; 2017, 17-109).

En el Madrid de los intelectuales y los profesores en el que todos se conocían y al que todos se acercaban, las notas de prensa y los asistentes a los banquetes en homenaje a los nuevos catedráticos o para celebrar cualquier acontecimiento cultural revelan, en gran medida, el “alto espíritu de concordia” que existía. Como recogía la noticia «Banquete a un catedrático» del *ABC* del domingo 4 de noviembre de 1923:

Anoche, a las nueve, se celebró en el *restaurant* Molinero el banquete organizado por los amigos y compañeros de D. Pedro Sainz Rodríguez con motivo de su reciente éxito al obtener por unanimidad, en brillantes oposiciones, la cátedra de Bibliología de la Universidad Central.

Mirando hacia atrás, los nombres de los organizadores del evento ilustran acerca de la enorme complejidad de la “neutralidad” universitaria: el médico republicano Gustavo Pittaluga (exiliado), el penalista socialista Luis Jiménez de Asúa (exiliado), el historiador del Derecho y católico conservador Román Rianza (fusilado en las matanzas de Paracuellos del Jarama en noviembre de 1936), el físico republicano Manuel Martínez Risco (exiliado) o el catedrático republicano de Paleografía y Diplomática Agustín Miralles Carlo (exiliado). Por lo demás, acompañado en la presidencia por el conservador Juan Gualberto López Valdemoro (conde de las Navas), por el historiador de la Literatura y antiguo canalejista Mario Méndez Bejarano y por el periodista político Ramiro de Maeztu, el joven catedrático madrileño experimentó la amistad de un centenar de comensales, entre ellos la mayoría de sus colegas de la Central, y recibió numerosas adhesiones como las de Rafael Altamira, José Ortega y Gasset, Odón de Buen o la del catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes, Andrés Ovejero y Bustamante (diputado socialista que abandonaría el partido en octubre de 1934, pasándose a las filas del nacionalsindicalismo, «similar al “socialismo nacional” que él había contribuido a crear», según escribió en su declaración jurada, firmada el 14 de abril de 1939) (Ovejero Bustamante 1939; Escribano Hernández 1998, 79-80, 114; 2007, 161-162; López Sánchez 2006, 83-86).

Lo cierto es que al estallar la sublevación de julio de 1936, la naturaleza entera cambió y los corazones de los hombres se nutrieron con las pasiones de la violencia (Ledesma 2003; 2005, 152; Rodrigo 2014). Todo ardió en el patológico fuego “antiespañol”

provocado por la guerra, avivado sin medida por los discursos del Caudillo y los odios de los sermoneros que inspiraban sus palabras. Sobre las cenizas de aquel inmenso incendio cultural, mientras las llamas de la guerra consumían en su totalidad el oxígeno reformista de la Universidad republicana, los historiadores de Franco certificaron la destrucción de la historiografía anterior tachándola de *liberal*. Y porque al hacerlo así privaban a la condición de historiador de su pasado, los sepultureros de la profesión reinventaron sus personalidades sobre el rechazo de la misma historia. En un ambiente saturado de política, regido por los principios del caudillismo, donde no bastaba con mostrarse pasivo, esta negación de la negación aceleró las singulares demandas del retorno de “lo medieval y lo antiguo”. A fin de cuentas, se trataba de sobrevivir y, como había hecho el historiador griego de Roma, Polibio, no importaba perder algo de la inteligencia en el exitoso esfuerzo de salvar la vida. Al paso, sabían, además, que el antiguo comandante de la caballería aquea auxiliar de los romanos durante el año 169 se convirtió en tutor no oficial del futuro destructor de Cartago, Escipión Emiliano (Momi-gliano 1993, 63 y 71).

Los odios políticos internos organizaron una “guerra cultural española”. Y, a finales de 1939, a nadie sorprendió que la metáfora sobre el ejemplar castigo propuesto para la “casa matriz” de la Institución Libre de Enseñanza por Ángel González Palencia la extendiera a todos los historiadores, catedráticos e intelectuales leales a la República. En su discurso contra la “traición” de los institucionistas, el numerario de Literatura Árabe de la Universidad Central, convencido franquista y uno de los más acérrimos jueces universitarios de la Comisión Depuradora «A», con sede en Zaragoza, escribió: «Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal» (González Palencia 1940, 273).

2. LA TRAICIÓN DE LOS CLÉRIGOS:

“GUERRAS CULTURALES” Y MALEVOLENCIAS INTELECTUALES

Ciertamente, en el interior del género biográfico, junto al elogio, el encomio y las semblanzas hagiográficas, la figura de estilo de la vituperación, las imprecaciones (“unión de predicción y de predicación”), las diatribas y denuncias mordaces entre los pensadores y hombres de letras gozan de una remota y dinámica tradición literaria. Un pasado de prácticas desestabilizadoras que, por modo hiperbólico, podemos remontar hasta los orígenes mismos de la cultura occidental y la escritura de historia grecolatina (tiempo donde los historiadores «eran todos “historiadores del tiempo presente”», mientras «el

pasado remoto era campo más bien propio de los anticuarios o genealogistas») (Carreras 2003, 13 y 2016, 41; Compagnon 2007, 217; Valcárcel Martínez 2009). De hecho, a nadie escapa el opúsculo *Sobre la malevolencia de Herodoto*, atribuido al beocio Plutarco y publicado en una época donde «el historiador cuyo modo de historiar gozaba de mayor prestigio» era Polibio (que, singularmente, representaba la centralidad alcanzada por el ateniense Tucídides frente al paradigma historiográfico del halicarnaseo, convertido en el *pater historiae* por sus simpatizantes romanos, entre los que se contaba Cicerón) (Magallón y Ramón 1989, 7-8; Ramón, 2000; Waters 1996, 138-150; Rodríguez Horrillo 2012, 85-210 y 217-367; Canfora 2016, 241-247 y 254).

Muchos siglos después, los caminos de la política, la historia y la guerra seguían ligados indisolublemente a los usos públicos del pasado, la lectura de los Antiguos y las disputas entre los intelectuales. No tenemos espacio para comentar las controversias dogmáticas e intolerancias desencadenadas entre los filósofos e historiadores nacionales durante el Ochocientos. A lo largo de la centuria, los representantes de las dos historiografías más poderosas de Europa olieron la pólvora de las naciones, de Crimea, de la franco-prusiana y de las guerras del imperialismo. No obstante, ni en sus peores sueños pudieron imaginar los horrores de la Primera Guerra Mundial, el grado de disolución de las normas civilizadas, los odios desatados entre los profesores universitarios europeos y cómo la pasión política les hizo abandonar la neutralidad de la inteligencia para convertirse en patriotas que sentían «la guerra como una obligación histórica, la defensa de la *patrie* una vez más» (Stern 2003, 216). Por lo demás, la *guerre des cultures* o “guerra de los intelectos” desatada en agosto de 1914 se integró en el complejo sistema de representaciones de la “cultura de guerra”, nacida del trágico enfrentamiento de los Estados nacionales que, convertidos en los modernos *corpus mysticum* de la política, exigían el sacrificio voluntario de los guerreros-ciudadanos, en tanto ejemplo supremo del patriotismo (Kantorowicz 1951; Audoin-Rouzeau & Bécker 1997; Prochasson 2008, 57-60; Traverso 2009, 133-226). En ese sentido, Julien Benda, el pequeño filósofo que avisó sobre los efectos nocivos de la sacralización de las pasiones nacionales, escribió: «La guerra política que implica la guerra de culturas es propiamente una invención de nuestra época y le asegura un lugar insigne en la historia moral de la humanidad» (Benda 2008, 107; Lepenies 117-121).

En las décadas estelares de Versailles y Saint-Germain, el tiempo experimentó una formidable aceleración alrededor de 1926 (Hans Ulrich Gumbrecht, en su ensayo sobre la simultaneidad histórica, la considera la fecha clave que proporciona una unidad de campo a la constelación de dispositivos, códigos culturales y rupturas, potencialmente disponibles por todo el mundo occidental) (Gumbrecht 2004, 11-35 y 472-473). Los contemporáneos pudieron sentir la proximidad del futuro mesiánico

y la densidad de la barbarie de la política, incubada en los “nidos de serpientes” que crecían en el interior de la civilización europea (las guerras civiles, el militarismo, las dictaduras y el racismo). Los textos de entonces muestran las opciones ideológicas que asomaban, dispuestas para el combate entre los intelectuales (fascistas, comunistas y demócratas).

Precisamente, en el París de finales de 1927 (año que había comenzado con la noticia de la condena del pontífice Pío XI por parte de *Action française*, dirigida por los revanchistas Charles Maurras y Leon Daudet), se editó en libro *La Trahison des clercs*, el panfleto del racionalista democrático Julien Benda. Obra de madurez que compendia los argumentos de un escritor reconocido en su ofensiva contra las modas del antiintelectualismo y el irracionalismo filosófico-literario de la época (empezando por su maestro Bergson), *La traición de los clérigos* contenía una encendida defensa de los derechos de la razón y la justicia contra los asaltos de los que había sido objeto desde finales del siglo XIX. De igual modo, destacaba la exaltación de la figura del intelectual ciudadano, abstracto y desinteresado (el *clérigo laico*), dispuesto a hacer frente a las tentaciones temporales representadas por las dos grandes religiones de la modernidad: la Nación y la Clase (con la adenda de la Raza). Así, sin negar el valor moral de determinadas acciones públicas de los intelectuales, denunciaba las causas de la gran «traición de los clérigos» (sermoneros e intelectuales de foro): la pasión política, esto es, la *divinización de lo político* que consideraba un fenómeno histórico específico, característico de la edad moderna (Benda 2008, 93, 97, 123, 126 y 167).

Enseguida, *La traición de los clérigos* provocó las virulentas reacciones de los intelectuales “orgánicos” de la izquierda y de la derecha (sobre todo de los escritores más cercanos a Acción Francesa, que reaccionaron con encanallados vituperios e injuriosas caricaturas físicas y racistas). Y a este lado de los Pirineos, la obra será motivo de crítica e inspiración por los nacionalistas católicos de Acción Española. Intelectuales que empezaban a no reconocerse como tales, además de utilizar el título del libro, dieron la vuelta a los argumentos del escritor francés para revelar la verdad sobre *La traición de los intelectuales*, según rezaba la conferencia impartida por el publicista y futuro presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza del Gobierno de Burgos (encargada de la depuración de la enseñanza), José María Pemán, el 19 de febrero de 1932, en el salón de actos de Acción Española (Juliá 2014, 31-33).

La radicalización política trazó las fronteras y, por el lado de la reacción, Pedro Sainz Rodríguez recorrió el camino sin retorno hacia las invenciones de la anti-España. Convertido en un monárquico, contrarrevolucionario y golpista convencido, en mayo de 1934 reactualizó la identificación de los “intelectuales antinacionales” con la *fratría* de los krauso-institucionistas en un discurso pronunciado en la sede de Acción Española.

Sus opiniones no eran originales, pues repetían los mismos argumentos esgrimidos por el primer Marcelino Menéndez Pelayo en sus polémicas con los krausistas (Peiró 2010; Gil Cremades 2010). Dentro de este grupo de radicales detractores del reformismo institucionista y republicano destacaban las críticas airadas del catedrático de Enfermedades de la Infancia de la Universidad Central, Enrique Suñer y Ordóñez.

Discípulo de segunda fila de Santiago Ramón y Cajal, en 1902 alcanzó la cátedra de Patología General de Sevilla y, cuatro años después, obtuvo una subvención del gobierno para ampliar estudios en Alemania, desarrollando una larga trayectoria por las Facultades de Medicina de Valladolid, Salamanca y Madrid. Enrique Suñer fue un católico integrista con una interpretación moral del sentido de la vida muy influida por el pesimismo de Jean Bourdeau y las premisas de los «hombres de ciencia de la degeneración», que le permitirán criticar los instintos gregarios, perversiones y moralidad de las multitudes (Charle 271-279; Peiró 2016c, 40-42). En la década de los veinte y los años de la República, el director de la Escuela Nacional de Puericultura se movió en los terrenos de la derecha monárquica más radical, primorriverista, antidemocrática y antirrepublicana. Durante la guerra fue nombrado vicepresidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza del Gobierno de Burgos y, en febrero de 1939, tomó posesión “como cristiano y caballero” de la presidencia del Tribunal de Responsabilidades Políticas (Álvaro Dueñas 1999, 158).

Dos años antes, en febrero de 1937, había fechado *Los intelectuales y la tragedia española*. Un libelo, de gran difusión entre los sublevados, que reunía sus más conocidas obsesiones contra las “figuras execrables” de los intelectuales institucionistas. Tras acusarlos directamente de haber originado la catástrofe (corruptores de la juventud cuya «labor infernal antipatriótica», pretendía «desarraigar del alma española la fe de Cristo»), de identificarlos con la masonería y reclamar los castigos más duros para ellos, concluía:

Cuando se manifiesten los “intelectuales” [...], deberá contestárseles con estas palabras traducidas de *Il Popolo d'Italia*: «Los que roban, incendian y asesinan son vuestros discípulos, aquellos que predicaban vuestras ideas y aplicaban vuestro evangelio. Mas, ¿qué hicisteis para detener el carro que se despeñaba por el desfiladero rojo?» (Suñer Ordóñez 1937, 201).

No hace falta decir que el inquisitorial médico burgalés tenía las respuestas al otro lado de las trincheras. En abril de 1937, el presidente de la República firmó en Barcelona *La velada en Benicarló*. Animado por la conciencia crítica y el espíritu ecuánime del intelectual liberal, reformista y democrático, Manuel Azaña explicó en un diálogo coral de once personajes los esfuerzos por mantener la razón de la legalidad republicana y la capacidad para discernir la realidad (Aragón 2017; Juliá 1990; 2004, 194-208 y 2008, 382-422). En el texto, realizó una presentación de las causas profundas

de la Guerra Civil («en su corta vida, la República no ha inventado ni suscitado las fuerzas que la destrozan») así como de la gravedad de los problemas y violencias desatadas por el proceso paralelo de «guerra y revolución» desarrollado en la zona republicana («La crueldad, la venganza, hijas del miedo y la cobardía me avergüenzan») (Azaña 2017, 132, 140 y 178). Y en la conversación, Azaña insertó un pesimista augurio sobre el desastre y la glaciación político-cultural que seguiría al triunfo del ejército franquista: «la rebelión que se llama nacionalista y exalta el españolismo, provoca y utiliza la violación de las fronteras para aniquilar a la fracción más numerosa del país, como si todo lo que representan el liberalismo burgués y el obrerismo no fuese también nacional». Para ellos, decía el escritor Eliseo Morales (uno de los dos protagonistas de la tertulia nocturna en que desdobló su personalidad literaria):

Somos la antipatria, es decir, otra nación proscrita, vocada al suplicio o al destierro. Somos para ellos la “morería”. También ahora los godos vienen a España en busca de poder y de riqueza. Si perdiésemos la guerra se enseñaría a los niños durante muchas generaciones que en 1937 fueron aniquilados o expulsados de España los enemigos de “su unidad”. Como en 1492 o en 1610. Ya sé: ¿El móvil era unificar por la creencia? (Azaña 2017, 140 y 229-230).

A aquellas alturas del conflicto, las suertes de la inteligencia en los dos bandos estaban totalmente echadas. Soldados de la Cruzada contra la Anti-España, los verdaderos intelectuales “tradicionales” (los *clérigos*) se situaron en la primera línea de servicio a la causa de la barbarie y la crueldad de la guerra, excitando las semillas del odio con sus sermones sobre la destrucción de la cultura nacional española.

3. LA COMISIÓN SOBRE LA ILEGITIMIDAD DE LOS PODERES ACTUANTES EN LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

En el camino hacia la dictadura y la *franquistización* de casi todos (al principio, más por miedo a los militares, a los exacerbados fascistas y al fanatismo religioso que por convicciones profundas), desde el mes siguiente al golpe funcionaban los consejos de guerra y las comisiones depuradoras de los funcionarios republicanos (con sus declaraciones juradas de adhesión y sus efectos devastadores en los diferentes cuerpos de la enseñanza). Estos instrumentos de control y represión cuyos mecanismos de castigo «normalizaron» su funcionamiento durante la terrible experiencia bélica y la publicación el 13 de febrero de 1939 de la *Ley de Responsabilidades Políticas*, avanzaron el gran procedimiento judicial de la *Causa General*. Instruido desde el Tribunal Supremo, entre 1940 y 1943, aquel proceso «informativo de los hechos delictivos y otros aspectos de

la vida en Zona roja, desde el 18 de julio de 1936 hasta la Liberación» cimentó el gran entramado censorio de la dictadura y marcó el comienzo de la historia más abrupta del franquismo de posguerra (Ledesma 2005; Sánchez Recio & Moreno Fonseret 2015).

Para entonces, la «Comisión sobre la ilegitimidad de los poderes actuantes en la República española en 18 de julio de 1936», plataforma jurídica creada por Ramón Serrano Suñer a finales de 1938, había concluido sus trabajos. El *Dictamen* emitido, sirviéndose de «las pruebas más rigurosas», enmendaba en su totalidad el régimen republicano, puesto «que los órganos y las personas que el 18 de julio de 1936 detenían el poder adolecían de tales vicios de ilegitimidad en sus títulos y en el ejercicio del mismo, que, al alzarse contra ellos el Ejército y el pueblo no realizaron ningún acto de rebelión contra la Autoridad ni contra la Ley» (*Dictamen* 1939, 9). Precedente original de las “novedosas verdades” divulgadas por los actuales revisionistas históricos, los jurisconsultos de 1939 consideraron que «el propio origen de la República fue jurídicamente ilegítimo porque se basó en unos resultados electorales que arrojaron una amplia victoria para los partidos monárquicos». Y es que, embebidos de la “prima política” que implica la posesión del poder y de otros principios del constitucionalista nazi Carl Schmitt como la dialéctica amigo/enemigo, la aplicación y explicación de la teoría del Estado, la del caudillaje o la misma idea de Europa entendida como un “Imperio”, para los firmantes del *Dictamen* el fondo del asunto no era otro que la “desnaturalización” del sistema republicano (entre sus componentes destacaron los profesores universitarios de Derecho de Salamanca, pertenecientes a la Asociación y el Instituto de Derecho Internacional «Francisco de Vitoria», presidido por el falangista granadino, catedrático de Historia del Derecho y decano de la Facultad Manuel Torres López). Y todo eso, desde la invocación a la condición técnica de los juristas (las pruebas y procedimientos), que justificaba el carácter científico-positivo de sus prácticas y serviría de protección ante cualquier acusación de “violación” constitucional, evitando juicios morales o críticas a la ética profesional, iluminadas en el abrumador presente de la guerra o en algún futuro más o menos inmediato.

En opinión de aquellos legitimadores del golpe de Estado, la proclamación de la Segunda República supuso un cambio de régimen «fuera de todo cauce constitucional» y, por ende, «no fue la Constitución de 1931, expresión de un estatuto fundamental del Estado, que tuviera asentimiento generalizado en la gran mayoría de los españoles». Más en concreto, la República dejó de comportarse como un Estado liberal de derecho al cometer, entre otras acciones impulsadas por los más despreciables móviles políticos, la ignominiosa aprobación del Estatuto de Autonomía de Cataluña, el amparo «oficioso» de la revolución de 1934 y, sin duda, al consumir la «negación de toda la historia nacional» (*Dictamen* 1939, 23-24; Martín 2014, 43-50, y 2015, 398-400).

4. ANTICUARIOS EN ACCIÓN:

ARQUEÓLOGOS E HISTORIADORES DE LA ANTIGÜEDAD AL SERVICIO DE FRANCO

Sabemos, en todo caso, que no sólo fueron los juristas quienes se vieron influidos por los ensayos del inteligente Carl Schmitt.² Durante la República de Weimar, la difusión del pensamiento schmittiano fue más allá de la erudición especializada y el mundo académico, calando en amplios sectores de la intelectualidad, el medio universitario y los diferentes públicos desencantados con el parlamentarismo y la política partidaria (Ringer 1995, 196-404). Con anterioridad a 1933, los conceptos e interpretaciones del profesor de Plettenberg habían trascendido las barreras disciplinares, nutriendo de argumentos a los historiadores y, especialmente, a los arqueólogos y especialistas de la Antigüedad más comprometidos con el nacionalsocialismo (Joseph Vogt, Helmut Berve o Oswald Menghin) (Canfora 1991; D’Onofrio 2002; Mederos 2014). Mientras tanto, en el marco ecuménico de la historiografía occidental, circulaban entre los profesionales del pasado remoto de las principales comunidades nacionales, como la francesa o la italiana. En ese punto concreto, Laurent Olivier ha señalado cómo los arqueólogos e historiadores de la antigüedad se constituyeron en el cuerpo más nazificado del medio profesional (Olivier 2012, 57-60; Angelini 2012). De todos modos, el radical conservadurismo de los historiadores alemanes y la “lectura histórica” del Derecho realizada por cultivadores transfronterizos del altomedievalismo germano como Schramm o Brunner ayudaron a legitimar el nombramiento de Hitler y el ascenso del nazismo al poder (Algazi 1997; Alonso Troncoso 1993, 14-20).

Y porque en todas partes sucedía lo mismo, a pocos miembros de la corporación española sorprendió la fuerte ideologización fascista de alguno de sus colegas más prometedores en las especialidades arqueológicas y anticuarias. En realidad, al puñado de estudiantes de Historia que accederán a las cátedras disciplinares en vísperas de 1936 o pocos meses después del final de la guerra, las fervorosas certezas del fascismo y el impacto del nazismo (incluido el pandemónium doctrinal de Carl Schmitt) les llegó directamente en sus años de formación en Alemania en la década de los veinte y durante el primer lustro de los treinta extendido, en unos cuantos casos, hasta los mismos días del fracasado golpe militar del 17 y 18 de julio. Desde el jonsista Santiago Montero Díaz, al camisa vieja admirador del nacionalsocialismo Julio Martínez Santa-Olalla, pasando por el hedillista Martín Almagro y llegando hasta Carlos Alonso del

² Siguiendo el consejo de su amigo, el filósofo más famoso de Alemania, Martin Heidegger, se afilió el 1 de mayo de 1933 al Partido Nacionalsocialista) (Mehring, 2014; Sherratt 2013, 134-139, 155-160).

Real que, vistiendo la camisa azul y las botas altas desde sus tiempos de estudiante, sufrió un largo noviciado hasta conseguir, en 1955, la cátedra de Prehistoria, Etnografía e Historia Antigua y Media y de Historia General de la cultura (antigua y media) de Santiago de Compostela (Mas Torres 2015; Peiró 2016b), todos ellos concordaban con el conservadurismo universitario. Un medio profesional donde las orientaciones y prácticas políticas de los más veteranos catedráticos de Arqueología, Numismática y Epigrafía o de Historia de España e Historia Universal Antigua y Media se movían, por así decirlo, en los estrechos márgenes de la gente de orden de las derechas, tolerantes apenas con la democracia («conservadores como poco y liberales como mucho», en expresión de Marín Gelabert). En 1936, frente al diferente grado de compromiso republicano demostrado por Pere Boch-Gimpera, Agustín Millares Carlo, Claudio Sánchez Albornoz, Luis Gonzalvo Paris, José Deleito y Piñuela o Juan de Mata Carriazo, la mayoría de los “anticuarios” registrados en el último escalafón de la República se alinearon sin fisuras con la bandería de los sublevados (Escalafón 1935). Una relación en la que figuraban los nombres de Cayetano Mergelina, Antonio Marín Ocete, José Vicente Amorós, Alberto del Castillo Yurrita, Aurelio Viñas Navarro, Carmelo Viñas Mey, Claudio Galindo y Guijarro, Antonio García Bellido y José Ferrandis Torres; sin olvidar, por supuesto, al titular de Historia primitiva del hombre, el jesuita alemán Hugo Obermaier quien, tras firmar su declaración jurada y el documento de adhesión al Movimiento, renunció a la cátedra en septiembre de 1939 (Obermaier 1939; Cañete & Pelayo 2014, xxv; Mora 2016; Peiró 2016b).

De acuerdo con sus posibilidades, unos y otros se transformaron en “hombres de acción” que hicieron frente a la República. Los más activos pasaron los tres años de guerra enrolados en los servicios de propaganda del ejército franquista, en las milicias de Falange o emboscados en la *Junta de Incautación, Protección y Salvamento del Tesoro Artístico* del Madrid sitiado (bajo la dirección de Mergelina, miembro del Servicio de Información Político y Militar (SIPM) del Primer Cuerpo del Ejército Nacional, sirvió de tapadera a muchos de los historiadores quintacolumnistas como Enrique Lafuente Ferrari, Diego Angulo Íñiguez, José María Lacarra, Luis de Sosa Pérez o Gratiliano Nieto Gallo) (Gracia Alonso 2009, 122-123; Mederos 2010; Pérez Boyero 2010, 278). Y cuando llegó el momento de la victoria, todos ejercieron de vencedores. Por esa razón, el antiguo catedrático de Historia Antigua y Media de España de Santiago de Compostela, Carmelo Viñas Mey, en las palabras finales de su conferencia *Universidad e Hispanidad*, difundida el 28 de julio de 1939 a través de los micrófonos de Radio Nacional de España, reafirmó su radical postura de «proscribir toda comprensión y enarbolar como bandera de combate la santa intransigencia» (Viñas Mey 1939). No en vano, fascinado por la ideología y el lenguaje político de Falange, Viñas Mey

era un prohitleriano procedente de los círculos del catolicismo social que militó en la clandestina «Organización Antonio» (como el arabista Emilio García Gómez y el catedrático de Arqueología Clásica Antonio García Bellido) (Cervera 1998, 335).

Mientras tanto, desde el verano de 1936 se encontraba en Salamanca el promotor aprendiz de lingüista y estudioso de la filología clásica Antonio Tovar Llorente. Encargado de la sección *Primeras palabras* dentro del programa *Ondas animadas* que emitía Radio Nacional de España desde sus estudios en el Palacio de Anaya (sede de las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias ocupada desde los comienzos de la guerra por los Servicios de Propaganda, Prensa y relaciones culturales de la Junta de Defensa), el 13 de febrero de 1938, el discípulo de Menéndez Pidal y futuro catedrático de Lengua y Literatura Latinas en Salamanca fue nombrado director de la emisora, disponiendo su traslado a Burgos para convertirla «en un instrumento más al servicio de la política del Caudillo y del Estado falangista» (Tovar 1942, 3; Pérez Delgado 1989; Vivanco 2006, 94-95; Orozco 2009, 127; Iáñez 2011, 82).

Y es que en una “época integralmente política”, el jefe de los Servicios de Radio-difusión de la Nueva España no tenía dudas en situar, por encima de la reflexión y el estudio, los valores ideológicos del compromiso, la misión y el proselitismo político. Tres acciones que, siendo la definición primordial de los nuevos intelectuales de la España nacional (según manifestó en la conferencia introductoria del curso de mandos organizado por Falange de Valladolid en octubre de 1937, titulada «La Historia como sentido») (Tovar 1941, 79-84; Peiró 2013, 43), sirvieron de base a las notas debeladoras de las “mentiras del siglo II” que escribió, unos meses más tarde en París, pues: «el gran historiador, el hombre que nos da la tensión de su siglo, tiene que ser un político; así desde Tucídides hasta Mommsen» (Tovar 1941b; Mainer 2013, 525; Duplá 2003, 79-80 y 2011; Saz 2003, 204-216). Y, sin duda, fueron utilizadas para justificar los intentos de los colegas falangistas por manipular y usar políticamente el pasado más remoto: eliminando a los íberos y arianizando la cultura española que había sido liberada por Roma, en una guerra de reconquista «santa y de liberación». En este sentido, entre otros muchos ejemplos notorios, recordaré que el fascista acérrimo, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas y agregado a la cátedra de Historia Primitiva del Hombre, Julio Martínez Santa-Olalla, afirmaba en el Ateneo de Madrid, intervenido por FET-JONS y presidido por su camarada Carmelo Viñas Mey: «El Imperio Romano se ha hecho en gran parte porque es idea española, porque es un espíritu universalista impuesto por España, ganado por España» (Gracia Alonso 2009, 21-24 citado por Bellón Ruiz 2017, 43-44; Duplá 1992; Wulff Alonso & Álvarez Martí-Aguilar 2003; Mederos 2003-2004; Ruiz Zapatero 2017; Gutiérrez Lloret 2017; Mañas Romero 2017).

En fin, sabemos que cuando llegó la paz, ésta fue brutal y violenta al mantener la trágica dicotomía moral impuesta por la guerra (que «erigió como dogma la “férrea disciplina, la ardiente intransigencia”»). Era el *espíritu del 18 de julio* que justificaba la realidad de la censura implacable, las depuraciones y los ajustes de cuentas (aparejado al “dolor del silencio o de la oscuridad” de los desvalidos, los avasallados y los antihéroes cómplices con la dictadura). Un tiempo de venganzas y animadversiones, miserias personales, desavenencias e indecentes conductas académicas que marcaron de raíz el desarrollo interno de la comunidad de historiadores franquistas e iniciaron la larga “edad de hierro” de la *cultura nacionalista española*.

Por tanto, es importante concluir insistiendo en la ruptura que significó la primera *hora cero* de la historiografía española y la consecuente aparición del “revisionismo de Estado” como efecto y resultado de la guerra civil. Los historiadores quedaron bajo la férula de la dictadura militar y para cumplir con los propósitos justificadores de la “España nacional” imitaron los modelos de comportamiento avanzados por sus colegas italianos y alemanes con los regímenes fascista de Mussolini y nacionalsocialista de Hitler (Albanese & Pergher 2012; Zunino 2008; Schöttler 1997). Así, descontando los catorce catedráticos que desaparecieron del escalafón en el transcurso de la guerra, la inmensa mayoría de los cuarenta y dos numerarios de Historia que en la primavera de 1939 mantenían su categoría (acompañados por las cohortes de adjuntos y ayudantes, becarios e investigadores del nuevo CSIC), no vacilaron en aclamar, legitimar y otorgar su compromiso de lealtad al general Franco. A partir de ahí, la conclusión debería dirigirse a comprender los cambios experimentados por las personalidades de los historiadores y las profundas transformaciones de la matrices disciplinares de la ciencia histórica.

Por su parte, el *Estado educador* totalitario y de la “democracia orgánica” facilitó los medios y condiciones para que la situación de los profesionales de la historia fuera de “grata colaboración” con la dictadura. En sus connivencias, el Ministerio de Educación Nacional entregó a los catedráticos la fuente de poder de la Universidad «para que la gobernasen» y para que, desde las altas magistraturas de las cátedras, actuaran a la manera de un colectivo de *pequeños dictadores*, regidos por las normas de la jerarquía y las maneras autoritarias, la ética del sometimiento y los valores de la adulación. En todo caso, todo esto pertenece a la historia del colaboracionismo de la comunidad historiográfica con el régimen dictatorial del general Franco. Un asunto incómodo que apenas se menciona en la actualidad, si bien pervive de manera subrepticia, como uno de los elementos de continuidad entre los maestros franquistas y algunos representantes del actual revisionismo histórico español.

Para los doblemente vencidos (por la guerra y la historiografía), maestros de la profesión que lograron sobrevivir y, en sus interminables exilios, pensaron angustiados

que el fin de la civilización había llegado a España, les quedó la posibilidad de buscar consuelo en las palabras pronunciadas por el padre norteafricano de la filosofía de la historia cristiana en su *Sermón sobre la caída de Roma*. Y al final, pudo ocurrir que unos pocos consumieran el alma española de sus melancolías al comprender, quizás, como el mismo Agustín de Hipona comprendió en su lecho de muerte (según descubrió el novelista Jérôme Ferrari), la intolerable hipótesis de suponer que los «mundos pasan, es cierto, uno tras otro, de las tinieblas a las tinieblas, y su sucesión tal vez no signifique nada» (Ferrari 2013; Peiró 2016, 223-269)

BIBLIOGRAFÍA

- Alares López, G., 2017, *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid: Marcial Pons.
- Albanese, G.; Pergher, R. (eds.), 2012, *In the Society of Fascists. Acclamation, Acquiescence, and Agency in Mussolini's Italy*, New York: Palgrave Macmillan.
- Algazi, G., 1997, «Otto Brunner – «Konkrete Ordnung» und Sprache der Zeit», en Schöttler, P. (Hgrs.), *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft, 1918-1945*, Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag, 166-203.
- Alonso Troncoso, V., 1993, «Otto Brunner, en español, y los estudios clásicos (I)», *Gerión* 11, 11-36.
- Alonso Troncoso, V., 1994, «Otto Brunner, en español, y los estudios clásicos (II)», *Gerión* 12, 11-44.
- Álvaro Dueñas, M., 1999, «El decoro de nuestro aire de familia». Perfil político e ideológico de los presidentes del Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas», *Revista de Estudios Políticos* 105 (julio-septiembre), 147-173.
- Angelini, M., 2012, *Fare storia. Culture e pratiche della ricerca in Italia da Giocchino Volpe a Federico Chabod*, Roma: Carocci editore.
- Aragón, M., 2017 (1974), «Estudio preliminar» a *La velada en Benicarló*, Barcelona: Edhasa, 23-72.
- Audoin-Rouzeau, S.; Becker, A., 1997, «Violence et consentement: la “culture de guerre” du premier conflit mondial», en Rioux J.; Sirinelli, J. (dir.), *Pour une histoire culturelle*, Paris: Seuil, 251-271.
- Azaña, M., 1997, *Diarios, 1932-1933. «Los cuadernos robados»*, edición e introducción de Santos Juliá, Barcelona: Crítica.
- Azaña, M., 2007, *Obras Completas. Vol. VI. Julio de 1936-agosto de 1940*, edición de Santos Juliá, Madrid: Ministerio de la Presidencia. Secretaria General Técnica. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Azaña, M., 2017 (1939), *La velada en Benicarló*, edición de Manuel Aragón, Barcelona: Edhasa.
- Baldó, M., 2011, «Represión franquista del profesorado universitario», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija* 14, 31-51.
- Bellón Ruiz, J., 2017, «Los otros exiliados del franquismo: los íberos», en Moreno Martín, Fco. J. (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 13-44.
- Benda, J., 2008 (1927), *La traición de los intelectuales*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Canfora, L., 1991, *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid: Akal.

- Canfora, L., 2016, *Tucidide. La menzogna, la colpa, l'esilio*, Bari: Laterza.
- Cañete, C.; Pelayo, F., 2014, «Entre culturas y guerras: Hugo Obermaier y la consolidación de la Prehistoria en España», estudio preliminar a H. Obermaier, *El hombre prehistórico y los orígenes de las humanidades*, Pamplona: Urgoiti Editores, IX-CLXXII.
- Carreras Ares, J., 2003, *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Carreras Ares, J., 2005, «Bosques llenos de intérpretes ansiosos y H.G. Gadamer», en Hernández Sandoica, E.; Langa, A. (eds.), *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Madrid: Abada Editores.
- Carreras Ares, J., 2016, *Lecciones sobre Historia*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Cervera, J., 1998, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid: Alianza Editorial.
- Charle, C., 2011, *Discordance des temps. Une breve histoire de la modernité*, Paris: Armand Colin.
- Compagnon, A., 2007, *Los Antimodernos*, Barcelona: El Acanalado.
- Davis, N. Z., 1999, «Censorship, Silence and Resistance: The Annales during the German Occupation of France», en Clark, S. (ed.), *The Annales School. Critical Assessments*, 1. *Histories and Overviews*, London-New York: Routledge, 122-137.
- Dictamen, 1939, — *de la Comisión sobre Ilegitimidad de los Poderes Actuantes en 18 de julio de 1936*, Madrid: Ministerio de Gobernación-Editora Nacional.
- D'Onofrio, A., 2002, «Die Antike der Blut-und-Boden-Ideologie: Odal und die Deutung des Klassischen Altertums im Dritten Reich», *Storia della Storiografia* 42, 74-102.
- Dunkhase, J., 2010, *Werner Conze. Ein deutscher Historiker im 20. Jahrhundert*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Duplá Ansuategui, A., 1992, «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», *Rivista di storia della storiografia moderna* XIII 3, 199-213.
- Duplá Ansuategui, A., 2003, «Falange e historia antigua», en Wulff Alonso, F.; Álvarez Martí-Aguilar, M. (eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 75-94.
- Duplá Ansuategui, A., 2011, «La revista falangista *Jerarqvia* y el modelo imperial romano», *Vasconia* 38, 813-837.
- Escalafón* (1935) *de los catedráticos numerarios. De las Universidades de la república en 31 de Agosto de 1935*, Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- Escribano Hernández, J., 1998, *Pedro Sainz Rodríguez, de la Monarquía a la República*, Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Escribano Hernández, J., 2007, «Prólogo» a *Epistolario de Don Pedro Sainz Rodríguez, Vol. I: 1916-1930*, Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Ferrari, J., 2013, *El sermón sobre la caída de Roma*, Barcelona: Mondadori.

- Forcadell, C.; Peiró, I.; Yusta, M., 2015, «Epifanías y retornos: Revisionismos históricos en el presente de la historiografía contemporánea», en *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 11-26.
- Franco Bahamonde, F., 1937, *Palabras de Franco*, Bilbao: Editora Nacional.
- García, H., 2009, «Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional», *Ayer* 76 (4), 143-176.
- García Pallares-Burke, M., 2005, *La nueva historia. Nueve entrevistas*, València: Universitat de València – Universidad de Granada.
- Gil Cremades, J., 2010, «Los detractores aragoneses del institucionismo: El libro *Una poderosa fuerza secreta: la institución libre de enseñanza* (1940)», en Mainer, J., (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» – Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 115-130.
- González Palencia, A., 1940, «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», en VV.AA., *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián: Editorial Española, 273-276.
- Gortázar, G. (ed.), 2017, *Bajo el dios de Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la historia*, Madrid: Unión Editorial.
- Gracia Alonso, F., 2009, *La arqueología durante el primer franquismo (1936-1939)*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Gumbrecht, H., 2004 (1997), *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, México: Universidad Iberoamericana.
- Gutiérrez Lloret, S., 2017, «Memorias de una Dama. La Dama de Elche como “lugar de Memoria”», en Moreno Martín, F., (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 67-88.
- Heidegger, M., 2009³ (1989), *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del Spiegel*, Madrid: Tecnos, IX-XLIX.
- Iáñez, E., 2011, *No parar hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el grupo de Escorial (1936-1986)*, Gijón: Ediciones Trea.
- Juliá, S., 1990, *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid: Alianza Editorial.
- Juliá, S., 2004, *Historias de las dos Españas*, Madrid: Taurus.
- Juliá, S., 2008, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1949)*, Madrid: Taurus.
- Juliá, S., 2014, «Del desastre a la crisis: un siglo y algo más de manifiestos de intelectuales», en *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 7-130.

- Juliá, S., 2014, *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores.
- Kantorowicz, E., 1951, «*Pro Patria Mori* in Medieval Political Thought», *The American Historical Review* 56, 3, 472-492.
- Koselleck, R., 1987, «Werner Conze: Tradition und Innovation», *Historische Zeitschrift* 245, 529-543.
- Ledesma, J., 2003, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Ledesma, J., 2005, «“La santa ira popular” del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en Muñoz Soro, J; Ledesma, J.; Rodrigo, J. (coords.), *Culturas políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid: Sietemares.
- Lepenies, W., 2008, *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid: Akal.
- López Sánchez, J., 2006, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid: Marcial Pons – CSIC.
- Magallón, A.; Ramón Palerm, V., 1989, «Introducción», a Plutarco, *Sobre la malevolencia de Herodoto*, Zaragoza: Departamento de Ciencias de la Antigüedad, Universidad de Zaragoza, 3-20.
- Mainer, J., 2013, *Falange y literatura. Antología*, Barcelona, RBA.
- Mañas Romero, I., 2017, «La historia de Roma y la España romana como elementos de la identidad española durante el período franquista», en Moreno Martín, F. (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 89-106.
- Marín Gelabert, M., 2005, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Marín Gelabert, M., 2015, «Revisionismo de Estado y primera hora cero en España, 1936-1939», en Forcadell, C.; Peiró, I.; y Yusta, M. (eds.), *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 362-406.
- Marín Gelabert, M., 2016, «Historiografía democrática en España, 1965-1989», en Peiró, I.; Frías, C. (eds.), *Políticas del pasado y narrativas de la nación. Representaciones de la España contemporánea*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, 357-442.
- Martín Martín, S., 2014, «Los juristas en los orígenes de la dictadura (1937-1943)», en Fernández-Crehuet, F.; Martín, S. (eds.), *Los juristas y el «régimen»*. *Revistas jurídicas bajo el franquismo*, Granada: Comares, 11-132.
- Martín Martín, S., 2015, «Los juristas en la génesis del franquismo ¿Un contraste posible?», en Birocchi, I.; Loschiavo, L. (eds.), *I giuristi e il fascino del regime (1918-1925)*, Roma: Roma Tre-Press, 389-422.

- Mas Torres, S., 2015, «Roma nacionalsocialista», en Sancho Rocher, L. (ed.), *La Antigüedad como paradigma, Espejismos, mitos y silencios en el uso de la Historia del mundo clásico por los modernos*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 161-186.
- Mederos Martín, A., 2003-2004, «Julio Martínez Santa-Olalla y la interpretación ariana de la Prehistoria de España (1939-1949)», *Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 69-70, 13-55.
- Mederos Martín, A., 2010, «Cayetano Mergelina, catedrático de Arqueología y director del Museo Arqueológico Nacional», *BSAA Arqueología. Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, LXXVI, 179-212.
- Mederos Martín, A., 2014, «El espejismo nacional-socialista. Las relaciones entre dos catedráticos de Prehistoria, Oswald Menghin y Julio Martínez Santa-Olalla (1935-1952)», *Trabajos de Prehistoria*, 71, 2 (julio-diciembre), 199-220.
- Mehring, R., 2014 (2009), *Carl Schmitt. A Biography*, Cambridge: Polity Press.
- Melton, J., 1994, «Introduction: Continuities in German Historical Scholarship, 1933-1960», en Lehmann, H.; Van Horn, M. (eds.), *Paths of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*, Washington D. C.: German Historical Institute – Cambridge University Press, 1-18.
- Miller, P. (ed.), 2014, *Momigliano and Antiquarianism. Foundations of the Modern Cultural Sciences*, Toronto: University of Toronto Press – UCLA.
- Momigliano, A., 1987 (1974), «Le regole del giuoco nello studio della storia antica», *Storia e storiografia antica*, Bologna: Il Mulino, 15-24.
- Momigliano, A., 1993 (1977), *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México: FCE.
- Montroni, G., 2016, *La continuità necessaria. Università e professori dal fascismo alla Repubblica*, Milano: Mondadori.
- Mora, G., 2016, «La guerra civil y la interrupción de una carrera científica» (en preparación).
- Moreno Martín, F. (ed.), 2017, *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Obermaier, H., 1939. «Declaración jurada, Vitoria, 7 de junio de 1939», en *Expediente personal del catedrático Obermaier, Hugo*, AGA. Sección Educación y Ciencia. Caja 32/16164. Legajo 9614-2.
- Olivier, L., 2012, *Nos ancêtres les Germains. Les archéologues au service du nazisme*, Paris: Éditions Tallandier.
- Orozco Galindo, J., 2009, *Radio Nacional de España. Nacida para ganar una guerra*, Madrid: Editorial Manuscritos.
- Ovejero y Bustamante, A., 1939, «Declaración jurada, Madrid, 14 de abril de 1939», en *Expediente personal del catedrático Ovejero Bustamante, D. Andrés*, AGA. Sección Educación y Ciencia. Caja 32/16164. Legajo 9614-3.

- Pallol Trigueros, R., 2014, «La Historia, la Historia del Arte, la Paleografía y la Geografía en la Universidad nacionalcatólica», en Otero Carvajal, E., *La universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, Madrid: Carlos III, 535-684.
- Pasamar Alzuria, G., 1991, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Pasamar Alzuria, G; Peiró Martín, I., 1987, *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza.
- Peiró Martín, I., 2006, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Peiró Martín, I., 2010, «Los aragoneses en el Centro de Estudios Históricos: historia de una amistad, historia de una “escuela”, historia de una profesión», en Mainer, J. (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» – Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 135-171.
- Peiró Martín, I., 2013a, «Historiadores en el purgatorio. Continuidades y rupturas en los años sesenta», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, Universitat de Barcelona 16, 53-81.
- Peiró Martín, I., 2013b, *Historiadores en España*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Peiró Martín, I., 2014, «Autobiografía de una generación: España, 1975-1984», *Hispania Nova* 12, 258-286.
- Peiró Martín, I., 2016a, «La Santa Cruzada de fray Justo Pérez de Urbel: un catedrático de Historia franquista», en Peiró Martín, I.; Frías Corredor, C. (eds.), *Políticas del pasado y narrativas de la nación. Representaciones de la Historia en la España contemporánea*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 229-275.
- Peiró Martín, I., 2016b, «La caída de los dioses: una mutación ideológica de los historiadores españoles, 1936-1940», en Romero Recio, M.; Soria Tomás, G. (eds.), *El almacén de la Historia. Reflexiones Historiográficas*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 162-202.
- Peiró Martín, I., 2016c, «Transiciones y retornos, pérdidas y reencuentros (la historia de las emociones después de la posmodernidad)», en Naval, M. (ed.), *La transición sentimental*, Madrid – Zaragoza: Visor Libros – Prensa de la Universidad de Zaragoza, 21-66.
- Peiró Martín, I., 2017, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid: Akal.
- Peiró Martín, I; Marín Gelabert, M., 2016, «Catedráticos franquistas, franquistas catedráticos. Los “pequeños dictadores” de la Historia», en Caspístegui, F; Peiró, I. (eds.), *Jesús Longares Alonso: el maestro que sabía escuchar*, Pamplona: EUNSA, 251-291.
- Pérez Boyero, E., 2010, «José María Lacarra: un archivero en la Guerra Civil española (1936-1939)», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia* 17, 257-291.
- Pérez Delgado, T., 1989, «El siglo xx. 2: La guerra civil», en Fernández Álvarez, M. (dir.), Robles Carcedo, L.; Rodríguez-San Pedro Bezares, E. (coords.), *La Universidad de Salamanca 1. Trayectoria histórica y Proyecciones*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 287-320.

- Posada, A., 1905, «La Asamblea universitaria de Barcelona», *La España Moderna* 194 (febrero), 118-129.
- Prochasson, C., 2008, *1914-1918. Retours d'expériences*, Paris: Éditions Tallandier.
- Ramón Palerm, V., 2000, «El *De Herodoti malignitate* de Plutarco como *epideixis* retórica», en van der Stockt, L. (ed.), *Rhetorical Theory and Praxis in Plutarch. Acta of the IVth International Congress of the International Plutarch Society, Leuven, July 3-6, 1996*, Louvain – Namur: Éditions Peeter – Société des Études Classiques, 387-398.
- Reig Tapia, A., 1995, *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid: Tecnos.
- Reig Tapia, A., 1999, *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la Tribu*, Madrid: Alianza Editorial.
- Reig Tapia, A., 2017, *La crítica de la crítica. Inconsecuentes, insustanciales, impotentes, prepotentes y equidistantes*, Madrid: Siglo XXI.
- Ringer, F., 1995, *El ocase de los mandarines alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor.
- Robin, R., 2003, *La mémoire saturée*, Paris: Éditions Stock.
- Rodríguez, R., 2009 (1989), «Estudio preliminar. Heidegger y el nacionalsocialismo: ¿Un viaje a Siracusa?», en Heidegger, M., *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del Spiegel*, Madrid: Tecnos, IX-XLIX.
- Rodríguez Horrillo, M., 2012, *Nacimiento y consolidación de la historiografía griega*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Rodrigo, J., 2014, *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Ruiz Zapatero, G., 2017, «Los pueblos prerromanos al servicio de la Dictadura Franquista (1939-1956)», en Moreno Martín, F. (ed.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 45-66.
- San Agustín (Agustín de Hipona), 1983, «Sermón LXXXI, Evitar los escándalos», *Obras Completas de San Agustín, X, Sermones (2º) 51-116. Sobre los Evangelios Sinópticos*, Madrid: Bibliotecas de Autores Cristianos, 452-466.
- Sainz Rodríguez, P., 1978, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona: Planeta.
- Sánchez Recio, G., Moreno Fonseret, R. (eds.), 2015, *Aniquilación de la República y castigo a la lealtad*, Alacant: Publicacions Universitat d'Alacant.
- Sancho Rocher, L. (ed.), 2015, *La Antigüedad como paradigma, Espejismos, mitos y silencios en el uso de la Historia del mundo clásico por los modernos*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Saz Campos, I., 2003, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons.

- Schöttler, P. (Hgs.), 1997, *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft, 1918-1945*, Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Sevillano Calero, F., 2008, «El «rojo». La imagen del enemigo en la “España nacional”», en Núñez Seixas, X.; Sevillano Calero, F. (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*. *Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política 5-6 de junio de 2008*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 327-342.
- Sevillano Calero, F., (2015), *La cultura de guerra del «nuevo Estado» franquista*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Sherratt, Y., 2014, *Los filósofos de Hitler*, Madrid: Cátedra.
- Spiegel, G., 2007, «Revising the Past / Revisiting the Present: how Change Happens in Historiography», *History and Theory* 46 (December), 1-19.
- Stern, F., 2003 (1999), «Los historiadores y la Gran Guerra», en *El mundo alemán de Einstein. La promesa de una cultura*, Madrid: Paidós, 211-235.
- Suñer Ordóñez, E., 1937, *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos: Editorial Española.
- Tovar, A., 1941, *El Imperio de España*, Madrid: Afrodísio Aguado.
- Tovar, A., 1941b, *En el primer giro (estudios sobre la Antigüedad)*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Tovar, A., 1942, «Un año al frente de Radio Nacional», *Radio Nacional* 168 (25 de enero), 3.
- Traverso, E., 2009, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, València: Universitat de València.
- Traverso, E., 2017, «Historizando el comunismo», en Andrade, J.; Hernández Sánchez, F. (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Madrid: Akal, 613-634.
- Valcárcel Martínez, V. (ed.), 2009, *Las biografías griega y latina como género literario. De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas*, Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Viñas, A., 2015, *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Barcelona: Crítica.
- Viñas, A. (ed.), 2012, *En el combate por la Historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona: Pasado & Presente.
- Viñas Mey, C., 1939, «Universidad e Hispanidad», en *La Revolución Nacional desde la Universidad. Curso de orientación nacionalsindicalista. Radio Nacional de España en Madrid*, Madrid: S.E.P. [Gráfica Informaciones], 77-85.
- Vivanco, J., 2006, *Guerra Civil y Radio Nacional de España*, Madrid: Instituto Oficial de la Radio y Televisión.
- Waters, K., 1996 (1985), *Heródoto el historiador. Sus problemas, métodos y originalidad*, México: FCE.

Wulff Alonso, F.; Álvarez Martí-Aguilar, M. (eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA).

Zunino, P. (ed.), 2008, *Università e accademie negli anni del fascismo e del nazismo. Atti del Convegno internazionale. Torino, 11-13 maggio 2005*, Firenze: Leo S. Olschki Editore.

La utilización del pasado en la construcción de los discursos identitarios nacionales resulta un fenómeno omnipresente en la modernidad occidental. La formación de identidades colectivas y, en particular, aquellas que se conforman alrededor de la nación, han recurrido al pasado como uno de los resortes principales que permiten reconocerse como miembro de una comunidad dada. La apelación a una serie de episodios, personajes o momentos del pasado, que se articulan en una línea de continuidad con el presente, constituye una referencia política, cultural y sentimental para los miembros de la comunidad. Esas referencias se ordenan, codifican y difunden a través de diferentes mecanismos, desde el sistema educativo reglado hasta la propaganda política u otros mecanismos de transmisión cultural, como la pintura histórica o los monumentos conmemorativos.



Ediciones Lolifemo

ISBN: 978-84-16335-47-3



9 788416 335473

